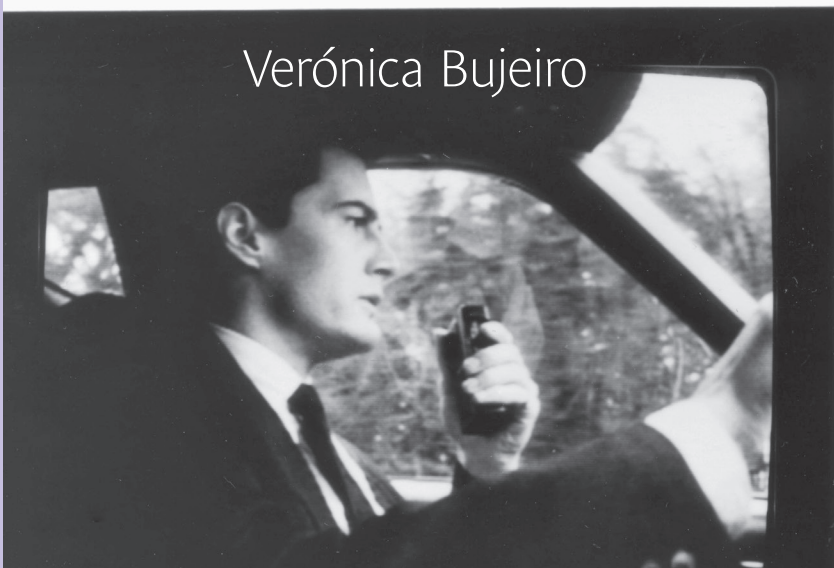
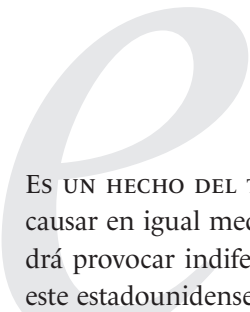


Vivir dentro de un sueño  
*Twin Peaks*:  
25 años ¿después?



Verónica Bujeiro





ES UN HECHO DEL TODO CONOCIDO que el arte de David Lynch puede causar en igual medida asombro, repulsión o hastío, aunque jamás podrá provocar indiferencia. Quien se ha acercado al mundo creado por este estadounidense sabe que no puede resultar ileso, ya que sus imágenes tienen la cualidad de penetrar la retina y alcanzar los recovecos más temidos de nuestro inconsciente.

Tan sólo su carrera en la industria cinematográfica es digna de asombro por la implacable y tenaz lucha por defender su libertad creativa. Una batalla ardua en la que se mantuvo, no sin cierto agotamiento, por los usos y costumbres de esa fábrica de sueños que gusta de la maquila en serie. Esa radicalidad natural obviamente no lo destinó a trascender como un éxito de taquilla, pero a cambio lo recompensó con ese trofeo anhelado por muchos y obtenido por casi nadie: convertirse en un adjetivo utilizado en el campo de lo artístico. Lo *lyncheano*, palabra que de tan precisa incluso tolera la parodia, es un vocablo complicado de definir, puesto que proviene de un universo de creencias y perspectivas sobre el mundo tan intrincadas como absurdas, prodigiosas y extraordinarias en igual medida. Puede ser también ubicado geográficamente, puesto que un denominador común a la obra de Lynch se enraíza en valores de la cultura norteamericana del siglo xx, no tanto para resaltar sus valores delirantes e ilusorios de grandeza, sino su contracara, la pesadilla del sueño americano blanco, en donde el orden y el progreso están sostenidos por una buena carga de podredumbre humana, misma que el director transmite emocionalmente inoculando a sus personajes con dosis uniformes de bilis negra y edulcorantes, lo cual resulta en un platillo netamente norteamericano.

*Twin Peaks*, la serie televisiva que Lynch coescribió con el guionista de televisión Mark Frost, abarca justamente toda la escala de valores de lo *lyncheano*, al abordar la trama de un pueblo que vive en la aparente

bonanza y cuya ensoñación de lo americano se ve interrumpida por la cruenta aparición del cuerpo asesinado de Laura Palmer, la joven promesa del pueblo, epítome del ideal gringo de mujer, en cuyos oscuros secretos estaban enredados una buena parte de los habitantes del diminuto pueblo de Washington.

La irrupción de la serie en la programación televisiva de la cadena ABC, en el horario *prime time* del año 1990, fue en sí misma un acontecimiento de proporciones no calculadas, dado el éxito de *rating* y seguimiento de culto que causó en círculos de fans obsesos con el programa, probando una vez más que pese a las dudas de la industria, David Lynch podía salir bien librado, al menos por algún tiempo.

Como buen retoño de su creador, la serie *Twin Peaks* era una mezcla improbable entre el chisme y los enredos de una telenovela convencional, el suspenso e intrigas de una serie policiaca, aderezada con tintes que podían ir de lo surrealista, pasando por el humor ridículo hasta lo francamente aterrador, y cuyo trasfondo no perdía de vista la violencia y la problemática social contemporánea en la que la trata de blancas, el tráfico de drogas y hasta el veterano incesto familiar formaban parte de un drama que no perdía su nexo con la realidad.

Otro de los mayores atractivos de la serie eran los personajes, sello distintivo y poco apreciado de Lynch, cuya capacidad de dibujar un carácter en pocos segundos, ya sea por sus particularidades o extravagancias, es realmente sorprendente y comprueba su maestría pues la memoria del espectador los recuerda y ubica fácilmente (la “mujer del tronco” de la serie es un excelente ejemplo).

De entre la colección entrañable de personajes involucrados en el caso, resaltaba el agente especial del FBI Dale Cooper (interpretado por el actor fetiche del Lynch, Kyle MacLachlan), cuyo entusiasmo por la resolución del misterio, sagacidad física e inocencia marcaban el carácter de un héroe de antaño obsesionado por la restitución del orden perdido. Acaso se trata

del alter ego del mismo Lynch, cuyas historias permanentemente indagan en la raíz del mal, dragando los confines más profundos de la vileza humana para entender su misterio.

La evolución de la serie mantenía a la audiencia con una buena dosis de suspenso, risas incómodas y sobresaltos por los modos de investigación del agente Cooper, más apegados al *I Ching* que a un manual de policía, y con la aparición de aquel escenario surrealista de piso zigzagueante y cortinas rojas en donde la resolución del misterio parecía estar contenida en la dimensión inasible de los sueños. En buena parte Lynch logró mantener la tensión y la frescura de la serie gracias a que él mismo y Frost transitaban el camino de la trama sin saber bien a bien a dónde iban. Secretamente ambos guardaban la misión de jamás responder a la intriga que sostenía la premisa de la serie (*Who killed Laura Palmer?*) para ir abriendo senderos diegéticos que mantuvieran una bifurcación abierta al tránsito continuo de la serie. Uno de los grandes métodos de Lynch era hallar la trama en el accidente, como fue el caso del personaje terrorífico de Bob, la encarnación fantástica del mal, cuyo hallazgo surgió durante una grabación en el cuarto de Laura donde el tramoyista Frank Silva se encontró reflejado por error en un espejo. La imagen siniestra del hombre despertó de inmediato en Lynch la idea de un personaje que explicara de manera sobrenatural quién era el asesino de Laura Palmer, y para suerte del director, Silvia resultó también ser actor.

La serie aconteció entre el suspenso y la sorpresa, con valores técnicos de alto nivel en los que no sólo lo insólito de la historia, sino el diseño de sonido, la fotografía, la música y particularmente la dirección de actores, estaban sembrando un camino para la televisión del futuro. Pero la cadena ABC, hermana pequeña y berrinchuda de aquella industria de sueños prefabricados, no soportó demasiado los libertinajes creativos del director y demandó a la dupla una conclusión inminente a la pregunta sobre Laura Palmer. Lynch y Frost accedieron de mala gana, cerrando el capítulo dentro

de la coherencia específica que habían sostenido, para enojo y decepción de la mayor parte de sus fans, lo que no impidió que la serie avanzara dando tumbos, cual vehículo sin conductor, pues Lynch renunció a la dirección serie, hasta que fue cancelada. Sin embargo, la dupla fue cuidadosamente descuidada para dejar regados varios cabos sueltos que al paso del tiempo resultaron muy convenientes.

La saga continuó con la película *Fire walk with me* (1992), precuela que muestra los últimos días de la vida de Laura Palmer (una soberbia actuación de Sheryl Lee), así como el extraño grupo de élite de investigación del FBI al que pertenece Dale Cooper, compensando por partes iguales las necesidades creativas de Lynch, como el apetito voraz de los fans de la serie. El filme contiene momentos que inquietan no sólo por su contenido visual y dramático, sino por la cantidad de “pistas” que pueden ofrecer al espectador obseso, como si fuese una pieza maestra del rompecabezas.

Lynch prosiguió con su carrera artística y cuando se le preguntaba sobre *Twin Peaks* decía que jamás regresaría a ella, lo cual manifestaba más que un hartazgo y agotamiento sobre sus propias ideas, un deterioro notable en su relación con la industria. Tras la aparición de la película *Inland Empire* de 2006, una espiral de narrativa intrincada de la cual pocos salieron vivos, el director anunció su retiro como director de cine. Aunque se mantuvo activo realizando otras actividades artísticas como la música, fotografía y pintura, varias veces se le dio por perdido en un retiro de meditación trascendental, como lo muestra el fallido documental de David Sieveking *David wants to fly* (2010). Más allá de la broma, la MT es una actividad a la que el director se ha entregado literalmente en cuerpo y alma, convirtiéndose en representante y vocero de su propia fundación con el propósito de promover dicha actividad, pues confía que su práctica no sólo es un poderoso medio para la creatividad, “en el cual las ideas flotan y uno tiene que atraparlas como si fuesen peces”, sino que es capaz de

provocar la paz mundial. Una declaración polémica si se piensa que la oscuridad y la violencia definen lo *lyncheano*, pero en lo que sin duda hay una buena dosis de verdad, pues parte de la mística del director se mueve alrededor de la irresoluble incógnita sobre nuestra infinita capacidad para hacernos daño.

Sin embargo, ya instalado el siglo XXI, las posibilidades de los nuevos medios pusieron en alza el valor de las series, en buena medida por la inspiración que provocó en varios creativos aquel acontecimiento televisivo de 1990. Los rumores para un posible regreso de la serie comenzaron a circular, quizás porque Lynch y Frost ya tenían planes al respecto. En 2014 ambos utilizaron la red social de Twitter para anunciar en clave la confirmación: “*That gum you like is going to come back in style!*”. Una alerta que encendió la euforia de millones de fans, anticipando que, tal como lo había vaticinado Laura Palmer en un críptico mensaje para el agente Cooper, se encontrarían de vuelta en los picos gemelos de Washington veinticinco años después. Esta vez sería la cadena *Showtime* la encargada del suceso, quien tras varios forcejeos económicos para su financiamiento, finalmente estrenó la serie en 2017.

Es justamente el paso del tiempo una de las claves para la renovada serie. El sentimiento de regreso guarda ese conocido nexo para el universo *lyncheano* entre lo familiar y lo extraño, manteniendo una aura de nostalgia y excitación para los fans por la sorpresa de reencontrar a la mayoría de los personajes ante el inexorable paso del tiempo, avejentados o al borde de la muerte como Catherine Coulson, la entrañable mujer del tronco, colaboradora y amiga cercana de Lynch desde la esperpéntica *Eraserhead*, así como el seco y genial Miguel Ferrer. Por momentos, el paso de la lista de créditos al final de los episodios parecía una escuela.

Esta vez la trama se concentraría en aquella interrogante que había dejado abierta la última temporada como un desaguizado absurdo, con el agente Cooper

uniendo fuerzas con aquella encarnación fantástica del mal llamada Bob, para revelarnos un cuarto de siglo después que el mismo hombre existe escindido en dos planos, con su mitad maligna cohabitando en el plano de realidad de los mortales y la buena en aquel limbo surrealista de piso zigzagueante y cortinas rojas. Situación que arroja una premisa dramática aparentemente simple: el buen Cooper tendrá que regresar al otro plano para eliminar a su gemelo perverso y así nuevamente intentar resarcir un poco de paz en la tierra.

Sin el límite de tiempo de una película, la trama de una serie bien puede darse el capricho de no concentrarse en resolver sólo un conflicto y en el más puro estilo Lynch, el regreso de *Twin Peaks* implicó la apertura permanente de una cantidad insólita de historias y personajes que se esparcían a lo largo de cada capítulo, estableciendo lo que bien podría reconocerse como un auténtico rizoma cuyo eje abarcaba elementos propios de la ficción del universo *lyncheano*.

Aunando a esta característica, el clima de la serie pronto comenzó a revelarse como una especie de buffet en el que convivía el pasado de la serie, el *impasse* entre la comedia sosa y el terror de la dualidad del agente Cooper, la investigación sobrenatural por parte de una oficina especializada del FBI (comandada por el mismo Lynch), subtramas y nuevos personajes que permitían el cameo de actores famosos, así como la inclusión de un acto musical en cada capítulo. Una mezcla que hizo oscilar la serie en un balance difícil de diagnosticar en una primera ingesta, ya que por momentos daba la impresión de contener la embriaguez y la complacencia propias a una fiesta de jubilación del veterano director.

A nivel temático, hubo una centralización interesante alrededor de la maldad del ser humano, especulando con tantas teorías posibles como escenarios cargados de escenas de ultraviolencia e histeria demencial que sin embargo lograron alcanzar un clímax impresionante durante el capítulo ocho de la serie, cuando el director emprende su propia teoría sobre las

consecuencias nunca imaginadas del primer ensayo de la bomba atómica en 1945.

En la lentitud de algunas acciones mostradas, como admirar a los personajes fumando, disfrutando de un café o ver a un hombre barrer el piso de un bar, existía un cierto disfrute compartido con el director por contar con más espacio del debido, pero en algún momento la presión de ese antiguo tirano, el tiempo, comenzó a acelerar la trama y las situaciones prescritas.

Quizás por esto o porque en verdad la historia tenía que volver a encontrar su salida de la madriguera, Lynch infringió sus propias premisas creativas y comenzó a resolver los misterios de *Twin Peaks* con resultados (obviamente) polémicos que dividen la opinión de su siempre activa audiencia, quienes ya se desbaratan en teorías que analizan sesudamente y perpetúan el contenido de la saga fuera de la pantalla. Asimismo la resolución del conflicto principal se decantó hacia el convencionalismo escandaloso de un final feliz, mostrando que pese a ser fuerzas sobrenaturales el bien siempre triunfa sobre el mal. Una apuesta que parece restar sustancia al propio universo *lyncheano*, aunque quizás no debe de tomarse tan a la ligera, ya que este tipo de remates tienen la función balsámica de resolver en la ficción lo que es imposible en la vida real.

Dentro de esa imposibilidad hay una nota que el director genialmente precisa en los últimos minutos, donde pese a querer resarcir de manera artificial el daño que estimuló el desarrollo de la serie, el homicidio de Laura Palmer, actuando directamente sobre el tiempo para prevenir en el pasado los acontecimientos del futuro, hay un eco imborrable de aquella injuria, como memoria imborrable que parece atravesar el código genético de nuestra especie. Quizás por eso la serie termina con el agente Cooper preguntándose en qué año se encuentra, una pregunta que remite a la fase que invoca el mismo director como su personaje Gordon Cole: “Vivimos dentro de un sueño”. O eso es lo que quisiéramos creer.

Sea como sea, gracias por el viaje, David Lynch. 